

EL INGLÉS.— Con esto de la alianza
que he hecho ahora con el Japon
va á llenarse este tragon
la panza.

Astronomía jesuítica

La negra milicia de Loyola desvió del suelo la atenta mirada, y la elevó á las etéreas regiones donde vive lo Increado, lo eternamente divino en la inconmensurable, infinita extension de los mundos. Es mucho más hermoso que explorar el pecho de las viudas ricas y acechar las amorosas vibraciones en el cuerpo de encantadora muchacha, durante el tránsito de la inocencia á la ineluctable perfidia.

Podrá ser menos productivo; pero resulta soberanamente bello, en armonía con las imposiciones de la época, que ha hecho de los curas, de los

itilóforos encargados de amenizar el antiguo embrutecimiento, unos hombres amantes del coronio, del halo solar y de los eclipses totales. Sólo que es lástima que los jesuitas no hayan descubierto nada.

¡Nada! Ni un cuerpo simple, ni un miserable satélite, ni un aparato, ni la modificación de uno de esos innumerables y complejos aparatos con los cuales el astrónomo laico atisba en las insondables profundidades del cielo. No han descubierto ni han inventado nada. Los cometas no les han avisado previamente y han tenido la triste ocurrencia de entenderse con Encke, con D'Arrest y hasta con el conserje Pons; en nuestros días Júpiter se ofrece graciosamente á la telescópica mirada de Perrine y sonríe al incrédulo Barnard, permitiendo á todo el mundo—menos á los jesuitas—el estudio de sus fajas ecuatoriales y de la esplendente legión de sus satélites.

El cosmos, inmensa flor, se cierra ante el ojo sagaz del jesuita. Jamás podrá el soldado loyolés penetrar y menos aún identificarse con el gran misterio que tan claramente pretende revelarse á los profanos. Secchi cruzó como un bólido brillante la atmósfera de la tierra, y muerto él, ya no tienen los queridos padres un solo hombre para oponerle á los científicos protestantes, á los herejes descubridores y ni siquiera á los constructores de objetos.

En España, la condición de los jesuitas es tal, que bien se les puede llamar «sirvientes de sus propios aparatos». De éstos no hay ninguno que lleve el nombre de un padre, y si algo merece encomiarse allá en el Museo astro-físico de Tortosa, es el orden perfecto que reina en las instalaciones, amplias como las naves de un templo, bien cuidadas como un altar en que se adora el corazón de María. Desde ese punto de vista ¡qué prodigio! Toda la ingeniosidad de la Compañía resplandece en esta materia, como en las otras. Son los maestros de la seducción fácil y de la perfecta cortesía eclesiástica que ofusca á las mujeres y á los hombres femeninos. Con el dinero de las beatas han adquirido costosos instrumentos—casi todos

debidos á la diabólica inventiva de los réprobos—y los conservan tan limpios, que cualquiera diría que no saben manejarlos ó que los desconocen por completo.

Desde el punto de vista científico, han prestado á España más servicios hombres modestos como el señor Comas y Solá, el doctor Alcobé y los ingenieros militares de Guadalajara, á quienes no cabe negar intrepidez y devoción á su favorito estudio. Es muy sensible que así como hay adinerados fanáticos que darían el pellejo por la Compañía, no existan también, entre los aborricados admiradores de automóviles y bailarinas, bellas almas que pongan su caudal á los pies de

Las víctimas del atentado de la Rambla de las Flores

(Apuntes del natural, por E. Batlle)



Rosita Rafá, mientras agonizaba en el Dispensario de la Casa Consistorial.



Josefa Rafá, muerta en el Hospital de la Santa Cruz

un astrónomo. Debido á esto, el español que, sin ser jesuita, dedica sus pensamientos á la ciencia, se expone al lento martirio que le tienen preparado la ignorancia y la imbecilidad ajenas.

JORGOLINO.

A vuelta de correo

Para el DOCTOR CENTENO

Doctor travieso y temido:
Su amena carta he leído
de un tirón,
y, la verdad, me he reído
porque al punto he comprendido
su intencion. [dido]

¿Conque tiene, usted interés
en que yo diga á la gente
si usted es

buñitre ó ganso? ¡Presumido!
Usted busca solamente
que yo le halague el oído.

Como tiene la certeza
de que si
le juzgo á usted con nobleza
(y yo juzgo siempre así)
le he de decir con franqueza
que es de los pocos que aquí
escriben con la cabeza,

con astuta avilantez,
tras su ingenio abroquelado,
se busca un bombo. ¡Pardiez,
vivo Doctor, que esta vez
se ha engañado!

Pues yo soy un hombre adusto
que no gusto
de alabar, es mi manía;
si fuera darle un disgusto
á escape se lo daría.

Sé, Doctor,
que quien nace incensador
prospera, aun siendo un borrico,
y sé que Mencheta es rico
porque ha sido adulador;
mas ¿qué quiere? Mi garganta
saborea bien la hiel
y lo dulzon no lo aguanta,
y en ella se me atraganta
toda palabra de miel.

Hecha ya esta salvedad,
pasaré

á rectificar á usted
con mi ruda claridad.

No es verdad
(y perdón este eufemismo
delicado)

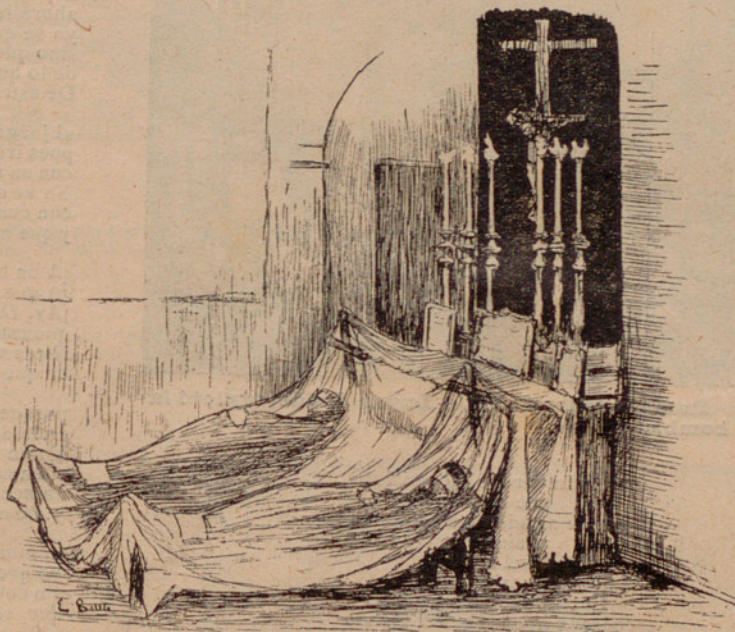
que yo padezca el mutismo
que usted me ha diagnosticado.

Por lo visto,
usted escribiendo es listo;
mas como Doctor Centeno
se equivoca, ¡vive Cristo!
como el más torpe galeno.
Querido Doctor, á ver
si me dará usted á entender
que es tambien de los que viven
de la pluma, sin deber,
que es de los muchos que escriben
y no saben ni leer.

No he callado;
lo que ocurre es que he cambiado
el título á la seccion
á la vez que he abandonado
el seudónimo TIMON.

Capilla ardiente

Apunte, por E. Batlle



Los cadáveres de las hermanas Josefa y Rosita Rafá, en el Hospital.

Deseando que cualquiera
que mis escritos leyerá
viese con facilidad
qué opinion tan... lisonjera
tengo de la Humanidad,
el seudónimo adopté
del misántropo de Atenas;
pero apenas
cuatro semblanzas firmé
me enteré
de que tambien Juan Buscon
atribuía á TIMON
sus sandeces cotidianas,
y á escape me dieron ganas
de evitar la confusion,



La florista Engracia Rimblas, gravemente herida por varios cascos de la bomba que explotó en la Rambla.



Rambía de las flores. — Lugar donde explotó la bomba.

pues, la verdad, no quisiera
que haya modo
de que alguien me confundiera,
ni siquiera
en el apodo,
con este escritor-tijera.

El título lo he cambiado
porque apenas he empezado
seres á calificar,
me he encontrado
que hay la mar

tan feroces ó tan mansos,
que no podían estar
ni entre buitres ni entre gansos.
Y para hablar de los tales
ahora la seccion se amplía;
ya ve que no es culpa mía,
sino que hay más animales
de lo que yo suponía.
De este modo ser espero
justiciero

al juzgar á cada cual,
pues irá cada animal
con su nombre verdadero.
Ya ve que respondo á usted
con cuanta franqueza puedo
y que no callo por miedo

¿Miedo, á qué?

¿A un bravo? ¿A algun contratiempo?

¿A que me den un mal tanto?...

¡Ay, Doctor! Hace ya tiempo
que estoy curado de espanto.

No es valor, es que confío
en que ahora tengo la vida
garantida,

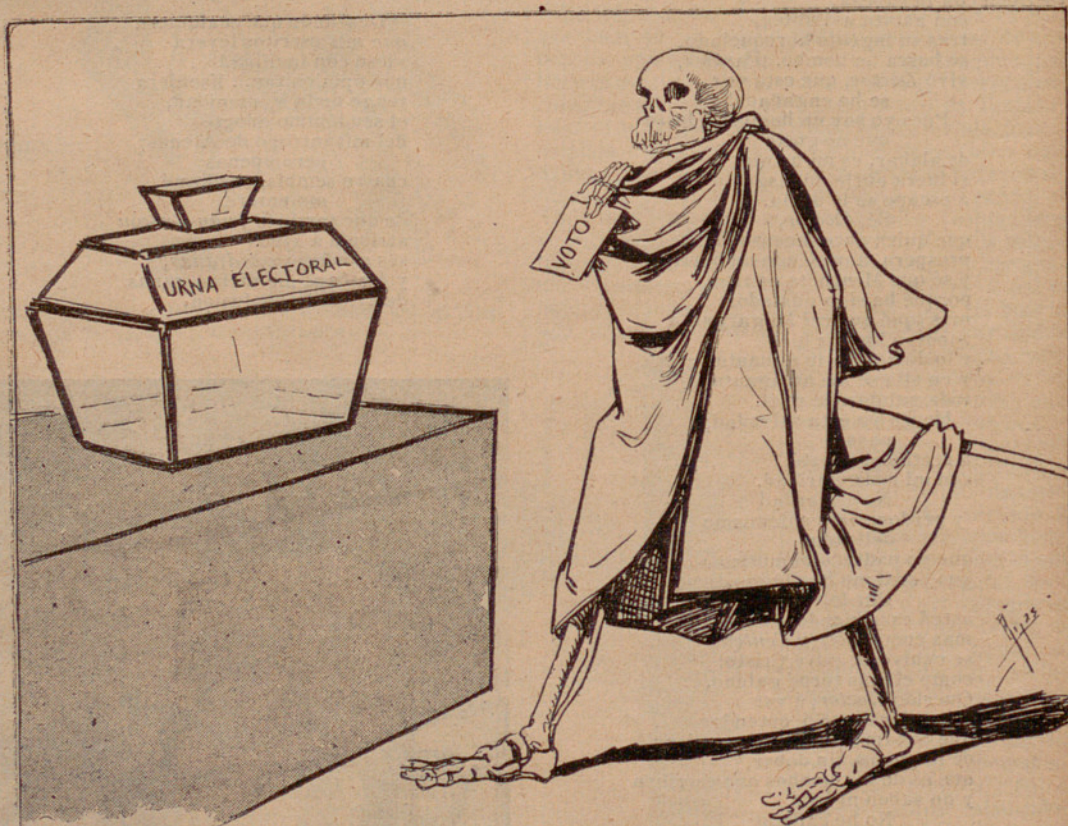
porque eso del desafío
anda de capa caída.

Y aun en el caso más malo,
si en castigo á mi insolencia
un necio me pega un palo
y me abrevia la existencia,

pues mejor.

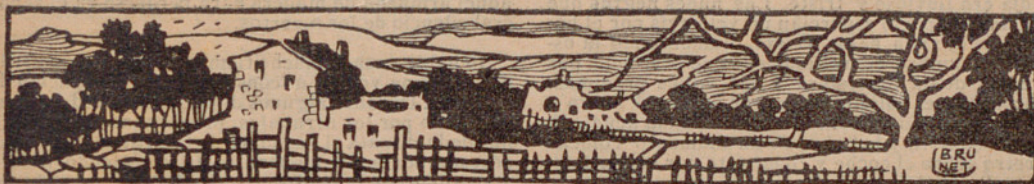
Si morir es de rigor,
yo que me mate prefiero,
sin cobrarme, un majadero,
que, cobrándome, un doctor.

LUIS JULIAN ECHEGARAY.
(Ex Timon.)



Todo está igual.
Parece que fué ayer
el día que partí.

¡Con qué placer
vuelvo á votar!
(Música de La Bruja.)



La resurreccion de los muertos

VI

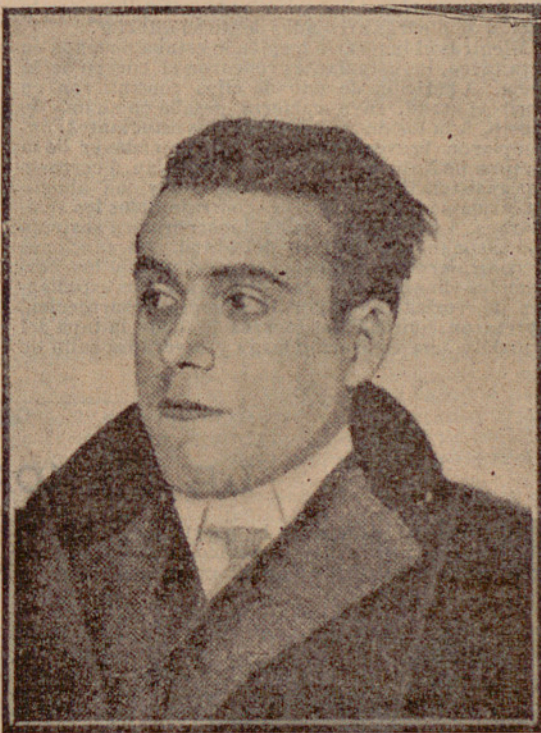
La casa mortuoria podía observarse desde el extremo de la calle. Los estudiantes habían renovado los cirios que alumbraban el cuerpo de la difunta y la luz que salía por la ventana iluminaba los viejos caserones vecinos.

La noticia de la muerte de la madre de Georgina había cundido ya por el barrio y las comadres de la vecindad, reunidas en los bodegones cercanos, comentaban el desprendimiento y la generosidad de Nabodet, que costeaba todos los gastos del entierro. Solamente Rolo aparecía indiferente, contento con no tener que partir con la vieja la posesion de Georgina, á quien mantenía todavía ignorante de la muerte de su madre. Cuando, al clarear la aurora, los estudiantes entraron en la habitacion, encontraron ya los cirios extintos y los candelabros ahumados. Una multitud de mujeres y chiquillos pidieron permiso á Nabodet para ver el rostro de la vieja, y por espacio de muchas horas aquella escalera de peldaños carcomidos y sucios aguantó un peso formidable de carne humana, ávida de contemplar el cadáver de la misteriosa dueña de la morada.

Un entierro con todas las formalidades, de los que se llaman de pago, era en el barrio un acontecimiento. Desde la muerte del dueño de una herrería que, según se decía, había adquirido una fortuna regular gracias á su habilidad y sus secretos para abrir fraudulentamente cajas de caudales y fabricar llaves falsas, y á quien su familia costeó un lujoso entierro el día de su muerte, nadie más en el barrio había llevado tras de sí un par de curas, ni un coche de alquiler. Y como se había anunciado ya que al entierro de la madre de Georgina concurriría todo el clero parroquial á más de los coches de invitacion, se esperaba la conduccion de la vieja á su última morada como esperan un baile las muchachas casaderas. Una circunstancia bien natural é imprevista hizo fracasar los deseos del vecindario.

La lluvia, que se creía ya terminada, arreció nuevamente, y el barrio quedó inundado por completo y cubierto de un barro negro que impedía completamente el paso. El clero parroquial, muy distante de aquel lugar, negóse obstinadamente á acompañar el cadáver y el dueño de la cochería rescindió el contrato, conviniendo únicamente en enviar por el precio de tres carruajes uno solo y aun cobrando por adelantado su importe. Se convino entre los estudiantes que solamente ellos concurrirían al entierro. Este acuerdo motivó una verdadera revolucion, y mientras los vecinos echaban sapos y culebras por sus bocas contra el clero parroquial, á quien atribuían toda la culpa de lo sucedido, otros suplicaban á Nabodet les entregase un recuerdo de la que fué su compañera y amiga. El pobre Nabodet vióse acosado por toda aquella chusma, que gritaban y gesticulaban como si fuesen herederos desposeídos de su fortuna. Nabodet repartió algunas monedas entre los asistentes y cerró á viva fuerza la puerta de la casa. No cesó por esta razon el clamoreo y las piedras que caían al interior de la habitacion arrojadas desde la calle demostraban bien claro que la chusma arreciaba en sus pretensiones. La llegada del inspector de policía calmó el tumulto; á no ser por la casual intervencion de aquél, tal vez hubieran dado buena cuenta de Nabodet y demás compañeros. Conjurado el conflicto, acordóse la hora del entierro

para las tres de la tarde del mismo día, conviniendo todos en encontrarse en un café céntrico para trasladarse juntos á la casa mortuoria.



Salvador Planas Virella, que el día 11 de Agosto último en la plaza de San Martín, de Buenos Aires, atentó contra la vida de don Manuel Quintana, presidente de la República Argentina. Es natural de Sitges, de 23 años y de oficio tipógrafo; sus padres residen actualmente en Barcelona. Planas Virella llegó hace tres años á Buenos Aires, donde tiene un hermano, y trabajó en varias imprentas de aquella ciudad; estaba afiliado á la Federación obrera y desempeñaba el cargo de tesorero en la Federación de artes gráficas, sección de tipógrafos y anexos. Era además miembro del Comité Pro-presos, fundado con el propósito de defender á los obreros y agitadores perseguidos por la autoridad. Salvador Planas había siempre cumplido con la mayor exactitud sus deberes; á sus ancianos padres les enviaba de vez en cuando parte de los ahorros que hacía, pues era sumamente frugal y económico. Exaltado anarquista individualista, es de los que abrigan la equivocada creencia de que haciendo desaparecer los jefes de Estado se cambiaría de súbito toda mente la organizacion social de las naciones. En retratos e viados á individuos de su familia aparece Salvador Planas con barba y bigote, negro grabado es reproducción de un retrato hecho en la Comisaría de investigaciones de Buenos Aires. Planas se afeitó completamente dos horas antes de cometer el atentado.

El día era lluvioso y triste. Las nubes negras que cerraban el espacio esparcían un velo gris por el barrio donde la vieja había vivido, aumentando la oscuridad el humo de cien chimeneas que descendía por la presión de la atmósfera a las calles próximas, amontonando el polvillo de carbon sobre el barro y el agua de la lluvia. A la hora anunciada acudió la fúnebre comitiva y fué obra de un momento colocar el féretro sobre el coche y rodar éste por las encharcadas calles de los arrabales entre piedras, barro y lluvia. El cementerio más próximo distaba dos horas de aquel sitio y la soledad y la tristeza del paisaje, el repetido tambaleo del coche y la densa oscuridad del encierro invitaba a la meditación y al recogimiento. Por fin llegaron al cementerio. Cuando descendieron del coche, después de dos horas de viaje, el cielo había cerrado ya los horizontes con la proximidad de la noche y los acompañantes sintieron el frío glacial de los sepulcros. Tomaron cada uno una antorcha y a su resplandor anduvieron detrás del cadáver las laberínticas calles del fúnebre recinto. El sepulturero hizo alto en una pequeña verja, leyó a la luz de la antorcha el papel que le entregó Nabodet, y sin otra explicación empezó a taladrar la pared de una sepultura, cubierta de mampostería, cuyos fragmentos saltaban a cada martillazo con la fuerza de piedras arrojadas desde su interior.

Mientras el funerario empleado estaba ocupado en esta tarea, los estudiantes rodearon el cuerpo de la vieja. A petición de uno de ellos consintieron en abrir el ataúd, cuya cubierta pesaba como losa de plomo. A la luz de las antorchas los estudiantes contemplaron breves momentos el frío cadáver de la víctima de Nabodet. Cuando se disponían a cerrarlo una resistencia interior se lo impidió y una ahogada exclamación de horror contrajo todos los semblantes. La vieja se había incorporado y sostenía con sus manos la cubierta del ataúd; sus facciones se contrajeron horriblemente y rechinaba los carcomidos dientes como una epiléptica. Los estudiantes, horrorizados ya por la primera resurrección, apretaron, juntando las fuerzas de todos, la tapa del ataúd, y una espiración larga y cavernosa salió de

aquel armazón de madera para perderse en el sepulcral silencio de los muertos.

No había pasado mucho tiempo cuando el recuerdo de Georgina volvió a constituir la preocupación de Nabodet. Durante algunos días viósele a todas horas paseando por los arrabales, preguntando a los vecinos de la difunta el paradero de Georgina. Decidióse desesperadamente a encontrarla ofreciendo dinero a un amigo de la madre a quien había conocido casualmente el día del entierro. Este acompañó a Nabodet a una taberna donde concurría Georgina con Rolo, su protector.

Cuando Nabodet entró en la tienda, Georgina inclinaba su cabeza sobre un vaso de vino. El pelo rubio que un día fué el encanto de Nabodet y la envidia de los vecinos, se había teñido de rojo y su semblante reflejaba el contacto con el vicio. Se sabía por todos que estaba en relaciones íntimas con Rolo, su protector, el amante de su madre, sin desdenar el amor de los demás admiradores, cuyos favores cobraba a buen precio el viejo borracho.

Nabodet salió de aquella estancia transido de dolor, despidiéndose para siempre de aquel amor que había constituido el ideal de su vida. La adversidad perseguía al pobre estudiante desapiadadamente. Habiendo abandonado la última esperanza que pudiera mantener con respecto a Georgina, ningún vínculo le ligaba a ella. Pensó, pues, que debía exhumar el cadáver de la madre, trasladando su cuerpo a una sepultura que no fuese de propiedad de su familia. Resolvió comprar una nueva y exhumar el cadáver de la que en vida fué madre de Georgina. Ningún amigo concurrió al acto. Cuando el sepulturero abrió el ataúd notó en el cadáver los síntomas de algo anormal. El médico forense certificó que había sido enterrada en vida, asegurando, por los signos que se pudieron apreciar, que la catalepsia ó el histerismo había podido simular la muerte. Nabodet explicó entonces las sucesivas resurrecciones de la muerta, y cayó sobre él la mancha de un nuevo crimen, mil veces más grave que el homicidio, y que amargó para siempre su existencia.

MIGUEL SENTÍES.

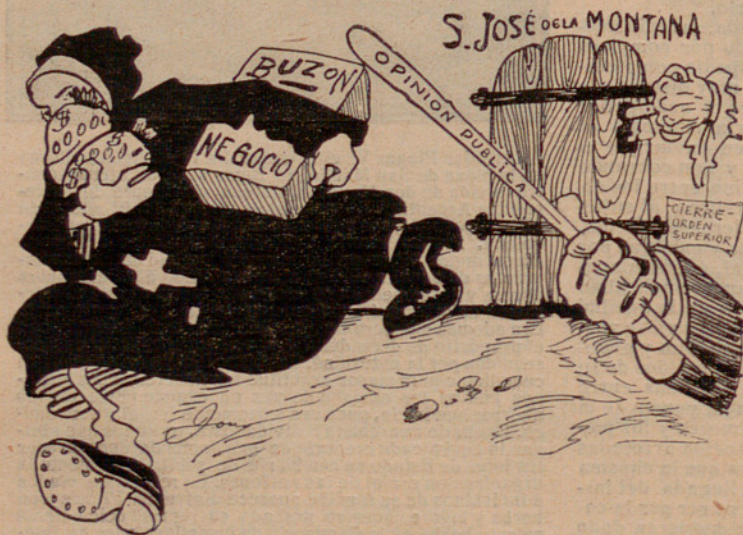
LA TIENDA OSCURA

Leía don José, sentado a la puerta de su tienda, sin levantar la vista del periódico. A través de los cristales entraba cernida la luz crepuscular, que al

llegar a dos viejas y relucientes armaduras riaba dando en ellas una tenue pincelada azul. Del techo pendía una lámpara de bronce que el anticuario se había prometido secretamente no vender jamás. Cubrían las paredes de la tienda tapices polvorientos y cuadros con figuras semiborradas, de esas que nos miran siempre fijamente, sea cualquiera el sitio en que nos coloquemos a contemplarlas. En el fondo veíase una estrecha escalera para subir a las habitaciones del anticuario.

Llegaban hasta allí las vibraciones lentas de las campanas de la catedral. La calle era estrecha y triste. Casi todas las casas ostentaban en la portada un escudo con armas raras y atributos más raros todavía...

Don José levantó la cabeza al sentir que se abría la puerta. Entró una mujer: era Rosario, su hija. Vestía de negro y andaba muy lentamente; era su cara blanca, de blancura marfileña, mate, blancas sus manos, sin tinte alguno rosado. Recordaba esas estatuas de mármol que se ven eternamente de rodillas en los sepulcros



Más vale tarde que nunca.

de los viejos monasterios... Besó á su padre y, atravesando la tienda, perdióse por la estrecha escalera; después sus pasos resonaron sobre el techo lentos, pausados, monótonos. El anticuario acabó la lectura y quedóse mirando, á través de los vidrios, la calle solitaria...

* *

Vivían don José y su hija como enterrados en la tienda. El amontonando joyas de valor ignorado que repasaba todos los días, cuidándolas con solicitudes inagotables; ella consumiendo su belleza serena en aquella atmósfera de tedio y de tristeza, sin sentir jamás ansias de nueva vida, ni estremecimientos que sacudiesen sus nervios, despertando deseos violentos. Por la mañana los dos iban muy temprano á misa á la catedral y rara vez salían de casa con otro objeto.

El viejo estaba siempre en la tienda; Rosario se entretenía en regar una clavellina que adornaba la ventana de su cuarto. Solía permanecer allí largo rato contemplando los negros escudos de las casas de enfrente. Cerca se veían las torres de la catedral, que parecían amenazar á las viviendas mezquinas que la rodeaban. De vez en cuando un cuarteto de ciegos interrumpía un momento la quietud de la calle; era aquello lo único que alegraba un poco el alma de Rosario.

Con ellos vivía Víctor. Era un muchacho huérfano. Siendo aun muy niño rodó por una escalera y quedó jorobado. Don José le recogió por caridad y le tenía al cuidado de la tienda. Amaba á Rosario con adoración de fanático, sin que se le ocurriera jamás confesárselo. Sabía él todo lo horrible de su figurilla enfermiza y contentábase con mirar á la hija de su amo como algo sagrado; pensaba en ella como en las caricias que había recibido en tiempos muy lejanos, cuando vivía su madre, de la que apenas conservaba el recuerdo. Ocultábase á veces en un rincón de la tienda y lloraba silenciosamente hasta que oía la voz cristalina de Rosario. Era ella quien la hacía olvidar su soledad y su tristeza; resonaban en su alma las palabras de aquella mujer con inflexiones de canto y se estremecía al sentirla como si sacudiese sus nervios un beso de amor. En sus horas tristes, en sus noches interminables de angustia y soledad, pensaba en lo miserablemente que se consumía aquella hermosura y soñaba luego con proyectos irrealizables, sintiendo ansias infinitas de algo que no se cumpliría nunca...

* *

Acababan de cenar cuando llegaron á la tienda don Diego y el P. Tomás. Don Diego era un catequista que había envejecido explicando Geografía en el Instituto. El P. Tomás era capellán de un convento de monjas, un cura afable y mundano que reía siempre silenciosamente. Todas las noches se charlaban un rato en casa del anticuario. Eran aquellas reuniones pausadas, severas; no se discutía en ellas con calor y se acababa por convenir siempre en que el mundo "está muy malo". Rosario les oía en silencio, dejando vagar su mirada soñadora por los raros objetos de la tienda. El P. Tomás les enteró aquella noche de los preparativos que hacían las monjas para recibir á Rosario. Rosario iba á profesar. Le había prometido á su madre al morir que sería monja é iba á cumplir su promesa.

—Ya se acerca el día—dijo el anticuario—, el domingo.

—El domingo—repitió el cura.

Y miró á Rosario sonriendo tenuemente, de tal modo, que ella sintió un sacudimiento extraño de ira y coraje. No se engañaba, no; en aquella mirada leyó algo que jamás había presentado en sus ensueños de virgen.

¡Aquél cura era un canalla!

* *

Rosario subió á su cuarto. Mientras se desnudaba percibía el rumor de la conversación de los que quedaban en la tienda.

—Sí—decía su padre—, será monja. Así lo quiso su madre, que era una santa.

—Era una santa—repitieron el cura y el catedrático.

Rosario estaba frente á un espejo de marco oval que había reflejado la cara de mujeres de muchas generaciones. Cayeron las ropas y alzó la vista. Era hermosa; nunca se había visto ante el espejo así, mostrando su cuello blanco y redondo y sus hombros de morbideces paganas. La luz de la lámpara la besaba dulcemente, envolviéndola en una claridad de misterio. Era hermosa con aquellos rizos de pelo que caían por su espalda en ondas de ébano; era hermosa con aquellos ojos profundos y negros que no habían relampagueado nunca... Y al verse en todo el esplendor de su belleza sintió que la sangre corría más velozmente por sus venas y sonrió...

* *

Soñó aquella noche con la soledad del convento. No tenía pasiones violentas que ahogar y por eso no era para ella un gran sacrificio el encerrarse. Pero sentía ahora un miedo invencible. Miedo á las notas del órgano que rebotaban en las naves del templo; miedo á aquel convento sombrío enclavado en las afueras de la vieja ciudad, en medio de un campo yermo, en donde las semillas no germinaban porque se pudrían en los surcos oprimidas por la tierra, que las estrechaba con abrazo estéril de madre muerta; miedo de aquel cura amigo de su padre que reía siempre.

De repente parecióle oír la música de los ciegos. Se vistió de prisa y corrió á la ventana. Empezaba á amanecer. Las estrellas parpadeaban aun en la sombra ténue del crepúsculo. Rosario aspiró con fuerza el perfume de los claveles y escuchó extasiada. El trémolo de los violines se mezclaba con las vibraciones graves de la campana de la catedral, que tocaba á la primera misa. Oyendo la música sintió añoranzas de algo muy hermoso que se esfumaba en las lejanías de su alma. El perfume penetrante de los claveles le hizo pensar en tierras llenas de flores, abrasadas por el sol, y sintió odio hacia aquella calleja de portales blasonados y hacia aquella tienda oscura llena de objetos raros que oían á muerte. Un rayo de sol la hizo cerrar los ojos voluptuosamente.

* *

Bajó á la tienda y encontró á Víctor, que la miró con la misma veneración de siempre y con más fuego que nunca. Luego, repentina y solemnemente, dijo:

—Rosario, es preciso que vivas.

Ella le miró sorprendida. El continuó:

—Yo miro cómo se extingue tu juventud en esta casa miserable; yo veo cómo quieren encerrarte para siempre. Es imposible que no hayas sentido ansias de vivir siendo la vida tan hermosa. Ven. Marcha de aquí, huye muy lejos. Yo seguiré tus huellas, yo te defenderé. Mi lealtad es grande, pero mayor la tristeza que nos abruma....

Las palabras del jorobado eran insinuantes, salían de sus labios con incoherencia persuasiva. Habló largo rato cariñosamente, como sondeando el alma de aquella mujer.

Hubo una pausa solemne y por fin ella dijo:

—¡Vamos!

Y salieron. Huyeron de la tienda oscura, de la calle triste, atravesaron aquellos campos en que las semillas no germinaban y marcharon en busca de otros llenos de flores en que la tierra contesta á los besos del sol con languideces de enamorada....

He pasado muchas veces por la calle triste, frente á la tienda. Del techo pende aun la vieja lámpara de bronce. El viejo anticuario levanta la cabeza del periódico y mira de vez en cuando á través de los cristales como esperando á alguien que no volverá más á la tienda oscura....

SANTIAGO A. NARRO.



Roig y Bergadá

Listo, ambicioso, osado
ante el deseo no disimulado
de conseguir, por fin, una cartera,
lucha Roig Bergadá como una fiera.

Muchos opinan que este buen señor
es un conservador
por sus hechos, su historia singular,
su familia y su modo de pensar.

Pero había una legión
de *planistas* en esta población
cuando Roig empezó á brujulear,
y en esta situación,
y en su afán de medrar,
como le era lo mismo,
eligió como campo el fusionismo.

Tocando los resortes
de que siempre dispone el caciquismo
fué diputado á Córtes.

Segun prácticas viejas,
cualquier diputadillo adocenado
debe adular á alguno renombrado,
y él se hizo adúlador de Canalejas.

Y Canalejas dicen que asegura
(y Roig cree que es en serio)
que si él llega á formar un Ministerio
ministro lo ha de hacer de Agricultura.

Pero me ha asegurado
una persona al parecer sincera
que es Canalejas un despreocupado
que le ha tomado á Roig la cabellera.

Confía, sin embargo,
el ambicioso Roig en su fortuna
y, mientras llega el codiciado cargo,
á unos cuantos amigos, convenciendo,
va algunas pesetejas recogiendo
y con ellas sostiene *La Tribuna*.

Griera, alcalde silbado,
Escuder, concejal vapuleado,
el abogado Inglés
y además dos ó tres
de los de Samaranch, aunque á su modo,
sin confiar del todo,
siguenle á un porvenir un tanto oscuro
porque á buen hambre ¡claro! no hay pan duro.

Y con un diario para andar por casa,
que le adula sin tasa,
y amigos tan sinceros,
leales y verdaderos,
orgulloso pasea
y se esponja y se ensancha y se recrea.

Pero bien claro está,
y muy ciego será quien no lo vea,
que á menos que le sople la fortuna
dentro de poco no le quedará
á Roig y Bergadá
ni amigos, ni dinero, ni *Tribuna*.

JAIME ALEMANY.

Vivir después de morir

Hasta ahora conocíamos á Cánovas como estadista que aceleró la pérdida de las colonias. Pero Cánovas poeta es casi ignorado, y sus composiciones desaparecen al mismo tiempo que los mercados de Ultramar, á los cuales enviábamos los productos de nuestra industria y las sutiles falsificaciones de nuestro ingenio (vinos artificiales, zapatos de Mallorca, libros y otras hierbas).

Y ha si o preciso que un periódico del Yucatan publicase una *balada* del difunto monstruo para que yo, ajeno á la erudición maravillosa que lo ve todo, pudiera enterarme de algo y sacudir la pereza que es único gobierno de mi espíritu.

No me arrepiento de esta lectura. Después de todo, los versos de Cánovas son preferibles á sus actos. Cada estrofa de la balada es un fusilamiento, cada epíteto un tiro y cada licencia un disparate. Pero cuando menos no hay aquí efusión de sangre. La poesía tiene sobre el arte de gobernar la ventaja de que únicamente hiere á corazones sensibles, á orejas educadas en la buena prosodia y á las pensionistas de los conventos. Cánovas-Monk exterminó

Al ver cómo salía
del tratado de paz esoy,

á sus adversarios, y Cánovas-Petrarca hizo imposible la vida á sus amigos más queridos.

“¡Ay de la noche sin agua!
¡Ay de la noche sin luna!
¡Ay de la planta importuna
que no da fruto ni olor!
¡Ay de la hermosa doncella
que, veinte abríles contando,

cualquiera supondría
que había sido el vencido el vencedor.

está á sus solas llorando
porque se ve sin amor!”

Se explica perfectamente que ese hombre romántico cayera en las redes de Woodford. ¡Ay de mí! Todos los estadistas restaurados son de igual madera: ardientes, melancólicos, poseídos de Israfel á la *lyre monocorde*. Citemos únicamente á Pavía, enamorado de mujeres tísicas y vaporosas; á Martínez

EL FL DE LA GUERRA



Campos, alma infantil, fanático lector de Jorge Ohnet, y á ese pobre Elduayen, que comprendió admirablemente la poesía de los millones. Los Barzanallana, los Orovio, los Pidal y la infinita ventregada de Montero Ríos — hoy encumbrada al Poder —, todos esos burócratas, presupuestivos, omnívoros, hispanófagos, polífagos, necrófagos, parásitos, simbióticos, miméticos, héroes de la oratoria y de la manducatoria; todos, todos sin excepción, han brillado por sus virtudes domésticas y sus aficiones pacíficas, de tal modo, que, una muertos y enterrados, viven ó vivirán eternamente en la memoria de la patria.

Estas odas publicadas en el Yucatan immortalizan al hombre de Vicálvaro y le redimen de todos sus delitos. Al leerse se siente uno orgulloso de haber nacido tan cerca de África: "¡Ay de la hermosa doncella que, veinte abriles contando todavía está llorando, todavía y sin amor!"

Tales son los prodigios realizados por un genio que, por desgracia, murió sin presenciar la catástrofe que tan cuidadosamente había preparado.

RONIN.

POSTALOMANÍA

Tanto cundió la manía de la tarjeta postal, que no se encuentra hoy en día mujer, ni aquí ni en Turquía, que no haga acopio. ¡Formal!

Como á muchos que á escribir se aplican, me desazona... ¡miren que es mucho pedir que tenga uno que servir de balde á cualquier persona!

Menos mal si amiga es y linda la del pedido, porque á intento ó de cumplido le escribe uno dos ó tres piropos y... ¡Comprendido!

Es verdad que para mí grande honor es el reclamo, porque pienso, y es así, que muchas que hay por ahí saben ya cómo me llamo.

Y eso, al fin, ¿gracias á qué? Gracias á la enfermedad de moda, pues lo es, á fe... ¡Lluevan pestes si me han de sacar de la oscuridad!

Incipientes literatos y poetastroz mojigatos llenan postales á cientos,

Cada uno á lo suyo



—¿De modo que esperas que salga diputado Truchipinez para que te saque del carbon y te meta en la limpieza?

—Sí, señor.

—Pues buena falta te hace... que triunfe Truchipinez.

fabricando "pensamientos", y haciendo versos baratos.

Pero... ¡lector, no sonrías! Ya que al tolerar su intento cuentan con mis simpatías, que no escriban tonterías como las que aquí comento:

Labios tienes de coral...
¡No, señor! ¡No sea animal!
¡No ve que de parte á parte están cárdenos por arte de una pomada especial?

Dientes de perlas, tallados por la divina escultura...
¡Perlas? ¡Huesos esmaltados, desaparejos, mal cuidados!...
¡No he visto peor dentadura!

Ojos que piden amor y lloran ajenos males...
Como llorar, vierten sales con frecuencia. ¡Sí, señor!
¡Pedir? ¡Pedirán postales!...

Boquilla graciosa y breve...
Pero venga usted aquí, farsante. ¿Cómo se atreve?
¡La ha visto cual yo la ví mientras come ó mientras bebe?

¿Y esas tus cejas de pana, y esa tu nariz serrana...?
¡Las cejas son garabatos de abuela antidiluviana!
¡La nariz? ¡Terror de ñatos!

Talle de palma gentil que se cimbra... ¡Habrás insolente!
¡Si la pobre es un cubil con caderas de barril y talle... archidecadente!

Pies de almendra... ¡Mentiroso!
¡Calza el 40 lo menos!
Es tu andar suave y airoso...
¡Tiene el rodar cadencioso de los toneles bien llenos!

"Luz de donde el Sol la toma..."
le faltaba á usted decir, porque eso y lo de "paloma..." cualquiera lo toma á broma.
Pero lo otro... ¡Eso es mentir!

de un modo desolador!
Pinta usted requetemal, porque es su cuadro un primor, ¡y le juro que da horror mirar el original!

JULIO S. CANATA.



El coronel Morera, aquel que de la corte fué expulsado, aquí nos lo han mandado porque ese es una fiera para en una ciudad evitar males y perseguir con saña criminales. Barcelona enseguida ha conocido que el coronel Morera había venido, pues para demostrar que sabe vigilar y le tienen pavor los malhechores... vino lo de la rambla de las Flores.

Porque como prever, ha previsto poco, y evitar no ha evitado nada.

Pero, en cambio, despues de la explosion colocó seis guardias de orden público alrededor del árbol á cuyo pié estalló la bomba, y allí estuvieron los seis de planton dando guardia de honor al pobre plátano.

Temeríase, quizás, que atentara alguien contra la vida del árbol.

Estos policías son muy amantes de la arboricultura.

Como le deben tantos favores á los alcornoques...

Ha sido tal el pánico entre los capitalistas, que mucha gente de dinero ha tocado ya el dos.

Por cierto que muchos habrán hecho el viaje con Salmeron, que tambien se ha ido.

Pero ese seguramente no habrá huido de las bombas.

Más fácil es que se haya marchado huyendo de los bombos de sus correccionarios.

Que no han dejado en el tintero ni un *eximio*, ni un *ilustre*, ni un *elo-cuente*...

EL ENIGMA.

Jamás problema alguno suscitó un interés tan ardiente—y menos justificado—que el que ofrecen las elecciones. El número *trascendental* de los votos que han de salir de las urnas es hoy objeto de grandes comentarios. Las fluctuaciones de la opinion darán origen á no pocas sorpresas.

Y no se debe atribuir esta incertidumbre al tristísimo suceso de la rambla de las Flores; no, lo que hay en el fondo es que empieza la desercion de los entusiastas, que han visto morir en flor su esperanza. La tension era demasiado alta para nervios españoles. Aquí se desiste de una empresa á los cuatro días de iniciada. Pronto se dejará de ir á votar por la misma razon que antes llevaba la gente á los comicios: por entusiasmo. Y esta vez será el entusiasmo de no hacer nada.

Nadie se explica por qué se ha marchado don Nicolás. Y yo no sé todavía por qué vino.

Se habló de la retirada de uno de los cinco candidatos regionalistas.

No tiene necesidad de retirarse. Ya se encargarán de eso los electores.

Apenas conocido el mal, el Gobierno aplicó el remedio. Para evitar atentados terroristas se creará en Barcelona un ministerio de Policía dirigido por un paniaguado de la situacion.

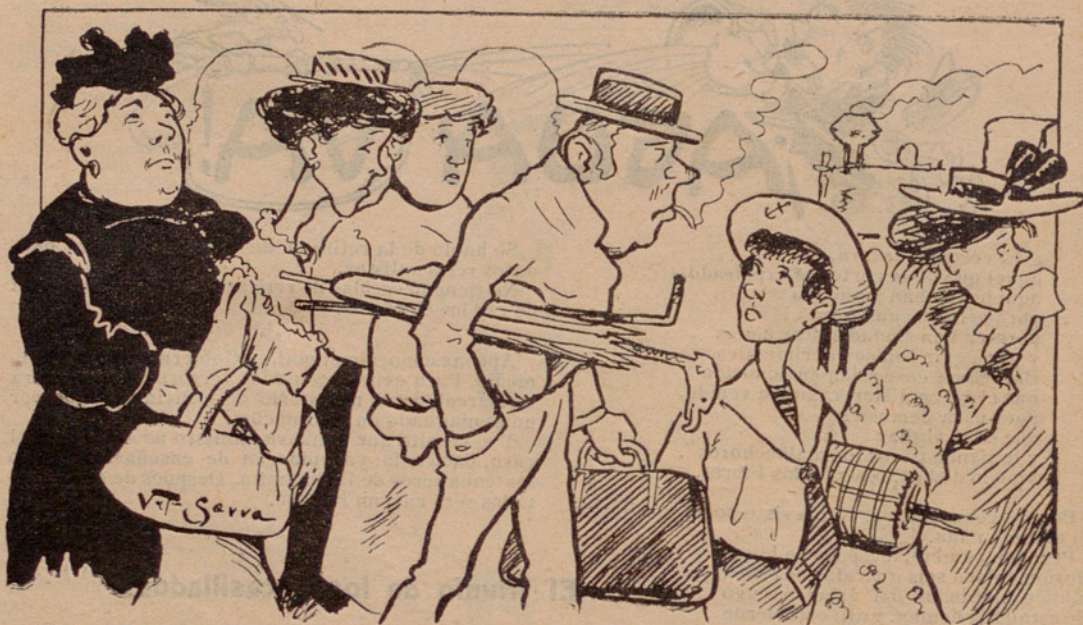
Y si resulta que el nuevo ministro no sirve para el caso, paciencia; ya cuidarán de enseñarle su oficio los caballeros de la dinamita. Despues de diez atentados será casi un Fouché.

El triunfo de los encasillados



¿Quién teme en estos momentos teniendo estos elementos?

La vuelta del veraneo



Su elegancia y su *chic* salta á la vista.
Y ¡qué felices son! Se han divertido.

De descanso gozar han conseguido...
y la deuda aumentó del prestamista.

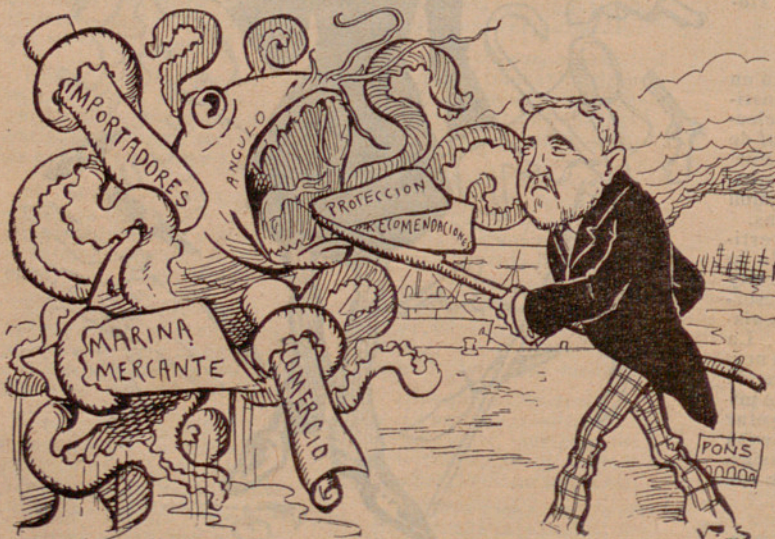
Diálogo con Ardid:

—¿Por qué se va Salmeron?
—Va por la revolucion,
que se la dejó en Madrid
por la precipitacion.
—¿Y volverá en tren exprés?
—¡Qué necesidad, vive Cristo!
¡Vaya un democrata listo!
—¿No es República?

—Sí.

—Pues...
ha de viajar en el mixto.

La cuestion del puerto



—¡Caracoles! Este animalito se me comerá á mí y todo cualquier dia.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP.

El mártir de Benabarre. ¿Y si por rarísima casualidad resultase elegido? Entonces alguna de las Pléyades se ocultaría de dolor, como diz que ocurrió á otra compañera despues de la toma de Troya. La estrella sentiría un pesar vivísimo por no poder oír, desde su apartadísima residencia, al joven y elocuente filósofo.

Pero todos los españoles amantes de la intelectualidad y de lo cómico honesto irían á Madrid para recoger de labios del joven diputado la amena enseñanza y el desorden que deleitan el espíritu.

¿Saldrá ó no saldrá? *Ars casum simulet*. Lo cual quiere decir que el efecto artístico es obra del azar, y que podría suceder que, por méritos de Lerroux, triunfase moralmente en Benabarre la intelectualidad virtuosa, permitiendo sentarse en el Congreso al candidato oficial.

Hay por esos periódicos cada *chico de la Prensa* que vale un imperio.

Con motivo del pasado eclipse ha dicho uno de ellos: "La oscuridad se acentuó tanto, que aparecieron perfectamente visibles algunas estrellas y la Luna."

¿Cuál? Porque la intersección entre el Sol y la Tierra no sería...

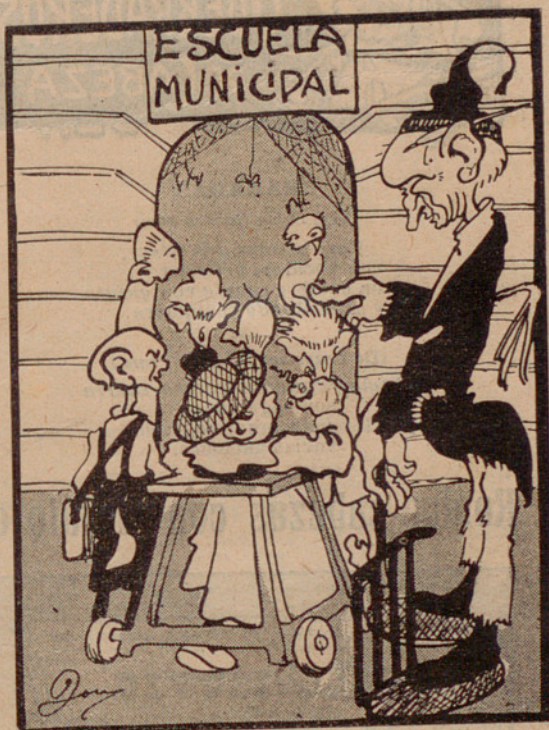
Un periódico madrileño ha descubierto ahora que el corazón está situado en el lado derecho del pecho y lo que el vulgo cree tener en el izquierdo son los latidos de dicho órgano.

Ya podría ser; hay muchos que escriben con los

Apertura de curso



Alumnos á montones
de los que tienen carnes y millones.



Cuatro chicos hambrientos
y que nadie le escuche sus lamentos.

pies y, sin embargo, todo el mundo cree que lo hacen con las manos.

El pasado eclipse de Sol ha puesto en evidencia tres cosas:

Que la Luna es hembra.

Que tiene cuartos.

Y la gran sombra.

¡Cuántas mujeres desearían las dos últimas!

Leemos:

“Leon XIII poseía una perla cuyo valor ascendía á la suma de 500,000 libras.”

No nos extraña; sería de las que pescó San Pedro.

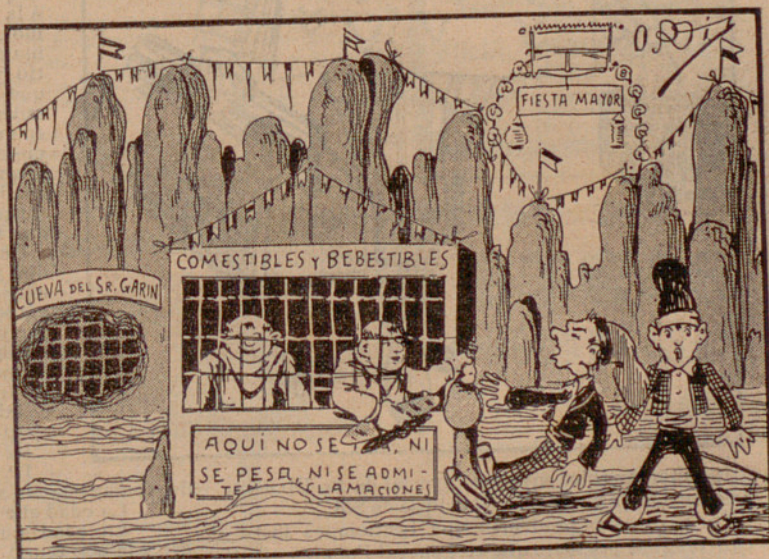
Todo un señor diputado de la Union Republicana ofició de monaguillo en la fiesta de Vallcarca. El caso fué singular, la gente estaba asombrada viendo á aquel que alardeó de proceder de la rama genealógica de Calvo Asensio, cómo ayudaba á misa con gran fervor, lleno de humildad cristiana. Si el honrado Calvo Asensio la cabeza levantara no sería flojo el palo que el Calvo actual se ganaba por meterse á ayudar misa y andar junto á las sotanas.

En la Tertulia Progresista se ha celebrado una sesión cómico-bailable en honor de Mir y Miró.

Habría sido porque no le han incluido en candidatura.

Es lo que dirán los tertulianos de Mir:

—En nuestra casa no comemos; pero nos reímos la mar.



La fiesta mayor de Montserrat.





CHARADAS

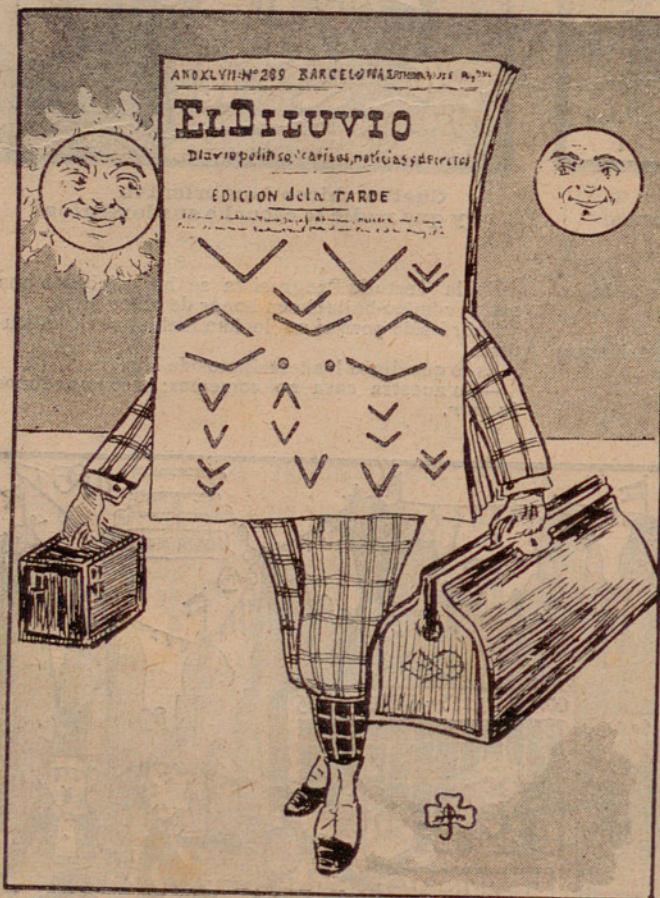
(De Luisa Guarro Mas)

Consonantes dos y tres,
una vocal mi primera,
un nombre cuarta con quinta
y sabe el todo cualquiera.

(De Francisco Masjuan Prats.)

Prima, segunda, tercera, cuarta
son negaciones,
y la ley todo van derogando
varias naciones.

Rompe-cabezas con premio de libros



El señor Angulo, enviado especial de El Diluvio, regresando de presenciar el eclipse de Sol.

Por razones de prudencia, que los tiempos justifican (téngase presente que el general Fuentes tiene hambre de periodistas), nuestro precavido compañero pretende escurrir el bulto. Pero nosotros, que somos de los que dan siempre la cara, hemos encon-

trado el modo de que puedan conocerle cuantos tengan paciencia é ingenio. Así no tendrá nada que temer del temible general, que anda mal de entrambas cosas.

He aquí el modo:

Recórtense y combínense los ángulos y los puntos hasta formar el retrato de nuestro ilustrado y agudo corresponsal.

Entre todos los que remitan la solución exactamente igual á la que publicaremos en el número correspondiente al 23 del actual distribuiremos cien cupones, y cada diez de ellos darán derecho á un tomo de una peseta. Caso de que sea sólo uno quien envíe la solución, á él corresponderán los cien cupones, con los cuales podrá adquirir diez libros del precio indicado ú otros de mayor valor; por cada diez cupones se le computará el valor de una peseta en libros. Si los que remiten soluciones exceden de diez, les serán distribuidos los cupones por igual, pudiendo, con los que adquirieran en otro concurso de este género, completar los que les falten para la adquisi-

ción de la obra que prefieran. La lista de los libros que ofrecemos como premio se publica en la edición diaria de El Diluvio y estará de manifiesto en nuestras oficinas de la plaza Real. Las soluciones deberán remitirse antes del día 20.

PROBLEMA ARITMÉTICO.

Al preguntarle á uno á cuánto ascendía su capital contestó:

Si al cuadrado del número de miles de duros que dejó mi padre al morir le agregamos el cuadrado del triple de los años que yo tengo de edad y de esta suma disminuimos el número de años que mi madre tenía cuando se casó, obtendremos un número igual al cuadrado del número de miles de duros que poseo en la actualidad.

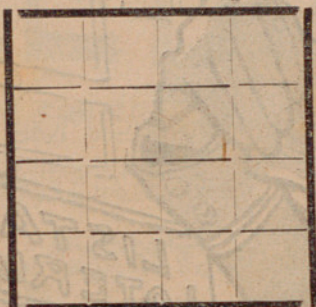
Al morir mi padre me dejó íntegro todo su capital, que lo tenía en Sociedad con un hermano suyo; éste dividió el capital en dos partes y me entregó la que me correspondía, que superaba á la de él en tantos miles de duros como el cuádruple de los años que yo tenía entonces de edad. El capital de mi tío y el mío guardaban tal relación, que si multiplicábamos el número de miles de duros que á él correspondieron con el número de miles de duros que me correspondieron á mí, se obtenía el mismo número que si restábamos del cuadrado de los meses que yo tenía entonces de edad el cuadrado de los años que tenía mi padre cuando se casó.

Debo advertir que mi padre nació diez años antes que mi madre, la cual murió cinco años después de su boda y á los pocos momentos después de nacer yo. Cuando se casó mi padre tenía doble edad que la que yo tenía cuando él murió; vivió doble tiempo que mi madre y al morir tenía seis años más de edad que los que yo tengo actualmente.

He dado suficientes datos para saber:

- 1.º La edad que mi padre y mi madre tenían cuando se casaron.
- 2.º La edad que tenían ambos al morir.
- 3.º La edad que yo tenía cuando murió mi padre y la que tengo en la actualidad.
- 4.º El capital que me correspondió cuando murió mi padre y asimismo el que correspondió á mi tío.
- 5.º El capital que poseo en la actualidad.

PROBLEMA GEOMÉTRICO



Cótese esta figura en cuatro partes y únanse los pedazos de modo que resulten diecisiete cuadrados iguales.

AL TRIÁNGULO SILÁBICO

MAR CE LO
CE SAR
LO

(Pero pueden hacerse numerosas combinaciones)

A LA FRASE HECHA

Numerado

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO

Ventilador

AL JEROGLÍFICO

Enmascarado

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 26 de Agosto)

A LA CHARADA
Magin-Eduardo

AL PROBLEMA ALGEBRAICO
2.305,843,009,213,693,950

A LA CONVERSION
En el seno de la muerte
En el sueño de la muerte

Han remitido soluciones. A la charada: Josefa Medina, Isabel Puig, Juan Perez Castro, Ambrosio Diaz, Julian Padreny (de Tarrasa) y Nicolás Ramis.

Al triángulo silábico: Isabel Puig, María Pagés, Antonio Agulló, Juan Perez Castro, «Una republicana», «El enano de la venta», Jaime Nort, Antonio Rius (de Tarragona), «Un suscriptor de Gracia», Juan Llobet, Ramon Rodriguez y Pedro Borbolla.

A la frase hecha: María Sils, Antonio Agulló, Mariano Folch (de Lérida), J. Serra (de Vilafranca), A. de M. y «El Guripa».

Al logogrifo numérico: Rosita Estruch, Josefa Medina, Antonio Agulló, Juan Perez de Castro, «Una republicana», Miguel Serra, «El enano de la venta», Joaquín Fernandez, Jaime Nort, Francisco Simeli, «Fid'En As», Mariano Folch, G. Serra, «El Guripa», Tomás Floriachs (de Igualada), Ramon Pinós y P. P.

ANUNCIOS

Si las mujeres todas supieran lo seductor y atractivo que es para los hombres una boca esmaltada de esmerados dientes y sonrosadas encías, no olvidarían enseñar á sus hijas á cuidarse de la dentadura más que de la cara y de la modista. ¿Qué mujer hay fea con esmerada y correcta dentadura? ¿Cuántas conquistas no se deben al Licor del Polo?

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por ALFRED BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. - Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

ORO

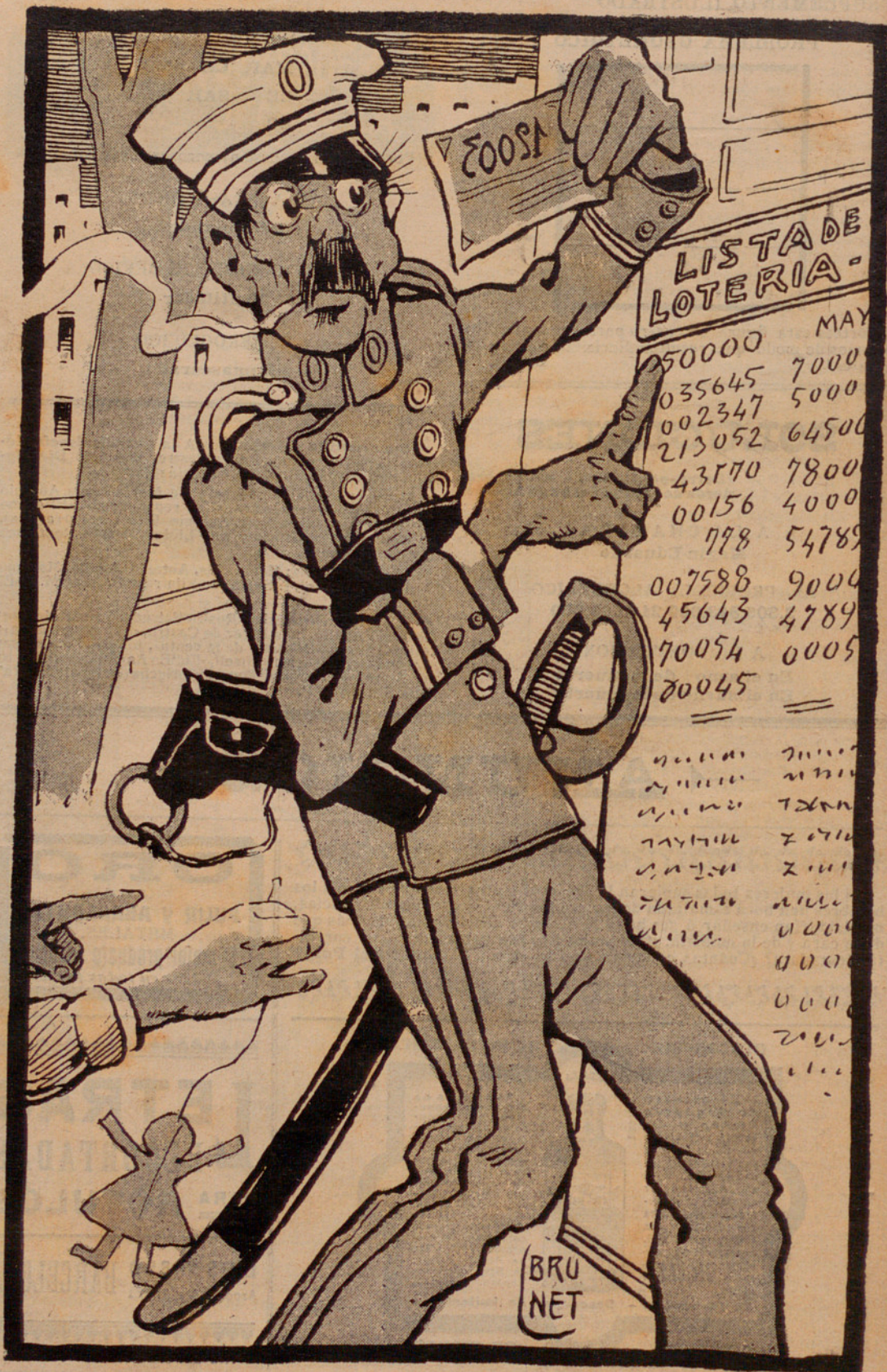
PARA

PULIR Y ABRILLANTAR METALES.

El mejor producto conocido
Pídase en todas partes.

LETRAS
RECORTADAS
PARA RÓTULOS

LUIS TASSO BARCELONA
Arco Teatro, 21 y 23



- Si me tocara la grossa
podria al fin descansar.
Que eso de que trabajemos
pá que nos traten tan mal,

siendo así que por nosotros
se ha podido al fin lograr
que pueda dormir tranquila
y segura la ciudad...!